

La condena

Un delgado pabilo tiritaba en la oscuridad.
Una migaja de esperanza
desatendía el oleaje de ira y dolor
que crucificaban aquel corazón
enmudecido por el tiempo.

La oración inservible durante esos años
clamando justicia,
aniquilaron sus lágrimas,
ulceraron la piel de sus rodillas.

La luna la miraba con tristeza.
Alumbraba su recinto para avisarle
que su fe había hecho el milagro,
pero ella permanecía inerte,
envuelta en una tristeza agonizante.

Nunca supo que Dios
había concedido su deseo,
incluso antes de que él partiera.

La buscó apasionadamente
revoloteando comisuras de otras bocas
que acabaron con la suya.
Gastó sus dedos
presionando pieles ajenas
para hacer brotar ese líquido
que su musa eterna concedía,
en esas jornadas de pasión
y de feliz muerte.

Escrutó con esmero
los rostros de sus concubinas
para ver en los ojos de ellas,
el mar sereno de un amor interminable.

Amarró sus recuerdos
a las cabelleras que rozaban su pecho,
mientras dibujaba en el aire,
los rizos a los que había trenzado su vida.

En medio de sus placeres obligados,
escuchaba a lo lejos,

los gemidos de su amada,
sus risas, sus convulsiones orgásmicas,
la evocaba desbocada en otros cuerpos,
pregonando la sal de su fuego,
derrochando caricias y besos apretados,
humedeciendo otras vidas.

Estaba sentenciado a amarla,
a imaginarla en otros cuerpos,
otras almas.

La luna lo miraba apática
y celebraba con resplandor
la sentencia que su Creador
le había dictado.

El amor fue su condena.

Ensueño

Todos los días caminaba una milla
con el propósito de dejar
que la tarde se durmiera en sus ojos.

Era la manera de homenajear
el paso del amor en su vida.
Se conformaba con los abrazos
que la luna le traía.

La imaginaba pescando sueños
en el borde de acantilados,
recogiendo atardeceres
en el canasto de mimbre
que había heredado de su abuela.

¡Cómo olvidarte!

¡Cómo olvidarte!

Cada mañana
después de que el reloj anunciaba las 5,
ibas al jardín en medio de la penumbra,
recolectabas tus hierbas milagrosas
para aliviar el dolor
que aprisionaba mis huesos.

Si te hubieras encontrado con mis ojos,
habrías notado que mi aflicción
se extendía más allá de este cuerpo
al que no le cabe la vida.
Que el remedio no se resumía
en tus malditos bebedizos.

¿Ahora lo sabés, verdad?

Cuando tu jardín
está corroído por el tiempo

y tu alma trémula deambula
por el espacio etéreo
en el que jamás nos encontraremos.